

exponer a los ojos del transeúnte un vistoso rótulo que muy en serio reza *open*, en vez de dejar que tan obvia condición sea expresada por la puerta que de par en par la proclama, gracias al benevolente clima y a la inveterada y amable costumbre de estos trópicos?

Un año después del Coloquio de Invierno, la Universidad de Guadalajara anuncia la celebración de un simposio al que se ha bautizado como Presente y Futuro de la Literatura Mexicana, y en el que habrán de intervenir muchos de los participantes del encuentro organizado por la UNAM, el Conaculta y Nexos (hasta el comandante sandinista Sergio Ramírez, *bôte habitué* de la UdeG, está anunciado), sin faltar por supuesto las consabidas ausencias. Se ha informado que el

simposio estará presidido por Carlos Fuentes, a quien los organizadores llaman "escritor parteaguas", lo que quizás signifique que el buen Moisés ya no estará más solo en la división de los parteaguas. El acto, que organizan conjuntamente la Universidad de Guadalajara y Brown University, fue ideado como las eliminatorias mundialistas: a visitas recíprocas. El primer *match* tendrá lugar los días 4, 5 y 6 de marzo en la ciudad de Providence, Rhode Island, sede de la universidad norteamericana. El encuentro de vuelta se llevará a cabo dos meses después, en Guadalajara, donde los días 14 y 15 de mayo estarán en juego, el "presente y futuro" de la literatura mexicana. Mucho trabajo van a tener los videntes. □

vengearse de lo que se considera sacado.

Chesterton, en su relato del asunto, narra que sostuvo "quebradizas" conversaciones con el Anónimo de Covent Garden. Se trataba, dice, de un Anónimo de buen peso y desvaída color al que, en un principio, confundió con su propio reflejo, luego con un eco nocturno y finalmente, con "un aura tenue". Irritado por los insultos que el Anónimo profería, escabulléndose por la plaza, Chesterton regresa la noche siguiente y le tiende una trampa: bajo una red, coloca un sólido trozo de bilis. El Anónimo cae de inmediato.

El moralista traslada a su casa a la "crying creature", la estudia y ensaya una clasificación que debemos citar *in extenso*. Se trata de un "Anónimo libelúido del orden de los acojonélidos, suborden de los anonímopecos, especie de los invisibólidos, caracterizado por tener la cabeza pequeña, movible y transversa; ojos compuestos pequeños y deformes; orejas descomunales (quince artejos) conniventes en el vértex; labro grande que cubre órganos bucales desproporcionados y llenos de uñas; protórax segmentado en varias secciones; lengua afilada plagada de papilas de succión con la que suele alimentarse de una agria baba pegajosa que él mismo produce en su estema infraventral y que utiliza como tinta. El Anónimo pulula por periódicos y editoriales, pero tiende a la soledad y al onanismo, si bien hay ocasiones en las que se organiza en cofradía con otros y establece una singular sociedad, desde luego anónima. A veces revolotea, con su peculiar zumbido, alrededor de algún político ágrafo con necesidades amanuenses. Su locomoción es una especie de vuelo reptante. Atrapa monedas pequeñas en el aire que luego devora, acullillado y dando la espalda. Dotado de facultades proteicas, se muda a voluntad en pangolín y en alacrán, aunque mostró preferencia por el avestruz. Con el rostro escondido, siempre de lado, emite en un siseo salivoso un machacante discurso venéreo entre el que desliza compulsivas quejas sobre la razón que lo asiste, enuncia denuestos, dicta sentencias, enmarca todo en una curiosa coprolalia y finalmente se pone a masticar nombres propios, a torcerlos, invertirlos y destriparlos de modo tan frenético y furioso que, después de una rabietta, queda agotado con un aire satisfecho e idiota."

Llamemos la atención sobre algunos

Carta de Copilco Un anónimo

Guillermo Sheridan

Para definir un Anónimo, en teoría, basta y sobra con la contundente etimología: *lo que no tiene nombre*. Definirlo en la práctica es otra cosa: desde que el audaz G.K. Chesterton, a pesar de su gordura, atrapó un Anónimo en 1912, en la plazoleta de Covent Garden, nadie ha vuelto a ver uno. No es fácil: atrapar un Anónimo va contra la lógica y escurre toda causalidad: el ser del Anónimo radica en que no lo tiene, y los atributos que lo definen son impalpables.

Cicerón sugirió su apariencia y carácter por negación en su famoso *Unus sustineo*, cuando propuso que un Anónimo "no soy yo, ni mi adversario, ni mi juez"; Voltaire, en sus *Cartas inglesas*, trató de aprisionarlo entre las categorías del fantasma cobarde y del muerto sincero, pero claudicó pronto; Thomas Hobbes en su *Leviathan*, apenas lo enumera entre las cosas "irrepresentables por la ficción" toda vez que es "voz sin

origen, acto sin cuerpo, efecto sin causa." Creatura escurridiza que ha elegido la ausencia de su rostro y de su nombre con el equívoco objeto de fortalecerlos a uno y a otro, el anónimo es, en el teatro de su imaginación, el patético héroe de sí mismo. En "privado" (aunque carece de privacidad: todo él es privado) es un incierto fiscal y un solitario juez que rumia las causas de su rencor; después, sin embargo, se convence de que su sentencia necesita ser pública.

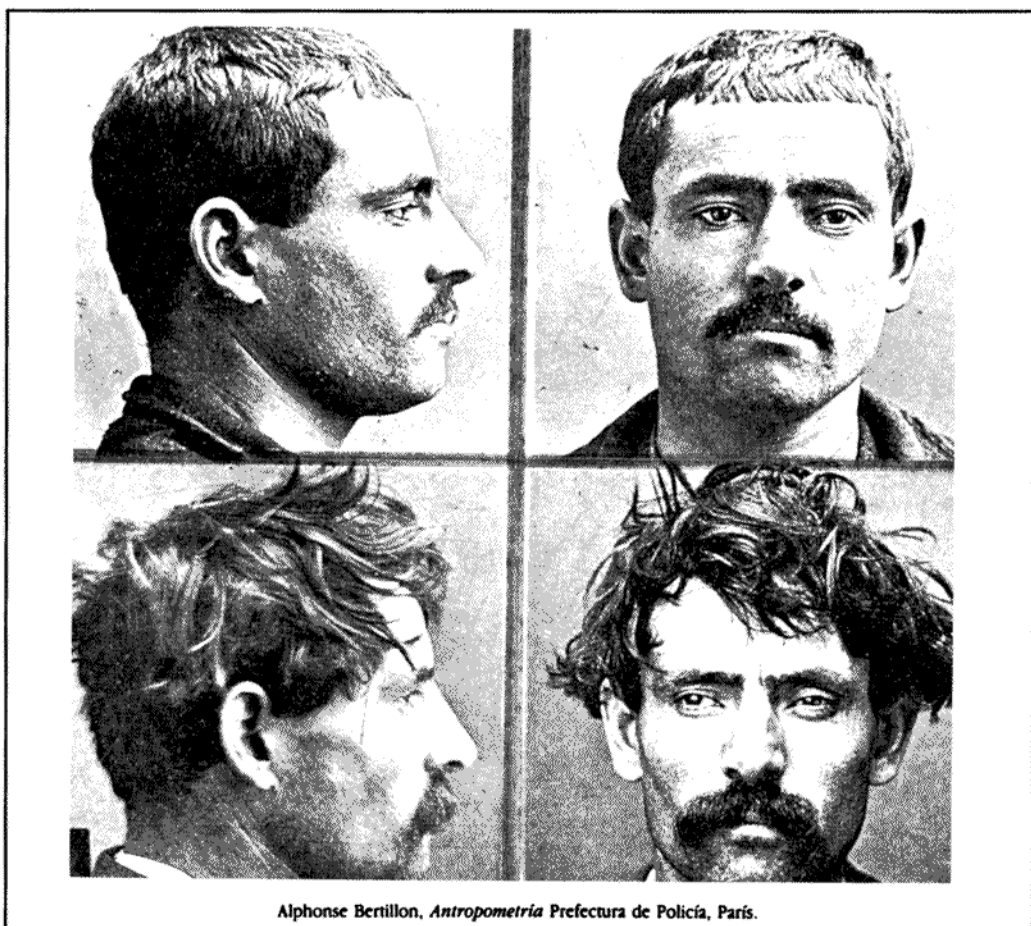
Freud, casi de reojo, aludió al Anónimo como a una ablación voluntaria del carácter, propiciada por una sexualidad endeble y una figura paterna oprobiosa que hizo una de estas dos (o ambas) cosas: puso al Anónimo un apodo brutal y humillante, o utilizó en demasía la orden *sácate de aquí* (o bien: *sácateme de aquí*). El Anónimo es "el que se saca a sí mismo", luego se considera sacado por otro u otros, y finalmente se empeña en

ingredientes de esta fiel descripción. La coprolalia y la sexualización venérea de sus denuosos hace pensar que el Anónimo no ha sido capaz de superar las fijaciones tempranas clásicas: la ablación que ha emprendido de su ser obedece a una sexualidad incómoda que, en tanto ingrediente primario de la identidad —el sexo es otro rostro, dice Jung— le resulta inmanejable. El que el Anónimo llegue al paroxismo no porque otros seres opinen de otro modo que él, sino porque *si tienen nombre*, cierra el círculo de la peculiar anomalía. La teoría de Freud sobre el apodo adquiere aquí relevancia. El niño que comienza a afirmar su personalidad, fascinado por su nombre, siente que todo él se desdibuja al recibir un "apodo brutal". El apodo, ins-

tancia precursora del anonimato, tambalea la certidumbre de *quién soy*. Es pues natural que el Anónimo se ensañe luego con los que sí tienen nombre, tratando así de vengar aquello de lo que fue víctima espetando a diestra y siniestra apodos inventados por él, que suelen parecerle muy ingeniosos. Su propio nombre, que se le antoja una cacofonía gaseosa, lo horroriza: prefiere por eso el elegante esdrújulo Anónimo, lleno de fijaciones y negaciones: es ano, es no, es ni, es nimio.

El Anónimo es, en suma, por decisión, elección y vocación propias, *nadie*. Odiseo, en un momento particularmente agitado de sus viajes, también optó por serlo: "soy Nadie", le dijo al cíclope ciego, con objeto de llegar a Itaca. No es

infrecuente, a lo largo de la historia, en clandestinidades y samisdatz, que grandes hombres se hayan visto obligados a "ser Nadie" con objeto de sobrevivir y recuperar su ser Alguien contra un tirano o un cíclope. La diferencia entre éstos y el Anónimo consiste en que unos necesitan ser Nadie por un momento, mientras el otro quiere ser nadie para siempre. Otra diferencia entre Odiseo y el Anónimo radica en que al aludir a sí mismo como "Nadie", Odiseo seguía sabiendo que era Odiseo, mientras que el Anónimo siempre sabe que es nadie, que fue nadie y será nadie. La diferencia final es que, hasta cuando fue Nadie, Odiseo usó la mayúscula. □



Alphonse Bertillon, *Antropometría Prefectura de Policía, París.*